

II

LA AMÉRICA LATINA EN EL ESPACIO Y TIEMPO

Uno de los frutos mayores de las ciencias modernas es la apertura del horizonte espacial hasta llegar a los millones de años luz. Por su parte, las ciencias del espíritu nos muestran que la temporalidad es la dimensión esencial en la existencia humana. Tanto lo físico como lo concienical se encuentran así irremisiblemente enmarcado en la movilidad universal. ¡Perdidos en la inmensidad del espacio y la ancianidad inconmensurable del tiempo debemos preguntarnos por el sentido de nuestra existencia humana, y más concretamente, latinoamericana!

1. AMÉRICA LATINA EN EL ESPACIO

El hombre por su cuerpo está inscrito en un espacio, no sólo en un espacio topográfico sino cósmico. Por la conciencia que tenemos de sus distancias el fenómeno humano pareciera empequeñecerse cada día más.

a) El Espacio Cósmico

Como bien lo ha mostrado el historiador de la ciencia Pierre Duhem⁽⁷⁾ fue necesaria la revolución teológica del judeo-cristianismo para que la ciencia moderna fuera posible —la simple demitificación del universo (es decir, los astros no son dioses, sino cuerpos *creados*) permitió a la inteligencia hacerse cargo de la racionalidad del cosmos.

En primer lugar, por obra de Nicolás Copérnico (*De Revolutionibus orbium coelestium*), Johannes Kepler (1574-1601) y Galileo, la antigua teoría de Ptolomeo de Alejandría (87-165) fue renovada: la tierra perdió la centralidad del universo para transformarse en un satélite del Sol. Newton supo expresar las leyes del mundo solar en la Mecánica clásica.

Por el desarrollo de la Electrodinámica y la Óptica se vio que la mecánica clásica no era adecuada para expresar los fenómenos acaecidos en el cosmos. Fue A. Einstein⁽⁸⁾ el que formuló por primera vez la ley de la relatividad generalizada —que comprende como uno de sus casos posibles y particulares la ley de relatividad espacial. La física universal, y el mismo sol es reducido a un pequeño punto de nuestra Galaxia que tiene 100 años luz de diámetro, mil años luz de profundidad, con un ensanchamiento de 5 mil años luz en su centro.

Sin embargo, “el mundo es finito aunque no tiene límites”⁽⁹⁾. Es decir, aunque intrínsecamente mensurable, está en continua expansión.

b) El Espacio Latinoamericano

Ante un sistema solar que necesita 200 millones de años para realizar una sola circunvolución en torno al eje de nuestra Galaxia, y ante el millón y medio de años luz que se necesitan para llegar a la próxima Galaxia, pareciera ridículo dar alguna importancia al continente latinoamericano. Sin embargo, es neces-

rio comprender que si el espacio terrestre recobra todo su antiguo “centralismo” en el universo es debido a que, sobre él, el fenómeno humano existe y lo incluye en su propio “mundo”⁽¹⁰⁾.

En nuestra esfera terrestre América Latina queda limitado en nuestro tiempo —después de la pérdida de California, Texas y otras tierras, que pertenecieron a Nuestra España y México— por el paralelo de los 32 grados de latitud norte y 54 grados de latitud sur, poseyendo así algo más de 21 millones de km² de las tierras emergidas sobre los mares —el 15 por ciento de la superficie habitable mundial—. Dividida casi en su centro por el Istmo de Panamá, se extiende largamente en su meridianidad, con sus 20 mil kilómetros de costa atlántica y sus 10 mil kilómetros de norte a sur. Esto, evidentemente, será siempre —tanto en la época de predominio del Pacífico (pre-historia), como del Atlántico historia latinoamericana)— una enorme “dificultad para realizarse como un *todo*”⁽¹¹⁾.

Por el Norte, en el extremo de la larga geografía americana, existió el puente por el que el hombre penetró en nuestras tierras, hace unos 35 a 10 mil años a. JC. —entre la segunda y última glaciación, y después “de isla en isla” por el Pacífico, que muestran las ininterrumpidas influencias polinésicas—.

“El drama de la humanidad amerindiana, a causa de su inmensidad espacial, consiste en no haber jamás sabido aprovechar las experiencias de los otros hombres, del Viejo Mundo, necesariamente más numerosos. América a pesar de sus dimensiones, no fue sino un satélite”⁽¹²⁾.

Cuando un Fernández de Oviedo decía: “¡Cuántos montes más admirables y espantosos que el Ethna o Mongibel, que Vulcano y Estrombol. (Y sin embargo) no han sido celebrados en tanta manera como lo han hecho los poetas e historiadores antiguos”⁽¹³⁾. Cuando Oviedo decía esto olvidaba que el espacio y la belleza no son valores intrínsecos, sino referidos a una conciencia que “los pueda vivir *como propios*”.

El mundo antiguo está transido de la historiedad judeo-cristiana, nos habla a cada paso, en cada pueblito, catedral u obra de arte, de un pasado, de un pasado humano, de una Historia —y hasta de una Historia Santa—.

En cambio nosotros, cuando caminamos sobre nuestras tierras latinoamericanas, la naturaleza se nos presenta como un objeto, inalienable, inapreciable, como una cosa, un instrumento. Los primitivos habitantes americanos —que dieron con la civilización Inca y mayo-azteca su fruto más adulto tenían una hermandad con el Espacio americano que los actuales habitantes hemos perdido —al menos los descendientes de europeos, los mestizos y los indios que han cambiado de comarcas—. Para el amerindiano cada riachuelo, cada cañada, cada montículo tenía un nombre; cada cerro su *huaca*, cada llanura sus espíritus. Era un espacio viviente, sagrado, dialogante, era en verdad parte del “mundo” intencional humano. Hoy, sólo es un objeto que succiona, donde nos perdemos. Sin embargo, ni para el indio ni para nosotros nuestro Espacio nos habla de Historia. Para el indio nuestro Espacio, nuestra Naturaleza americana es un *hierofanía*; para nosotros, los hombres actuales de una civilización latinoamericana la Naturaleza es una *cosa*. En Asia y Europa, la naturaleza, es espacio es el *lugar* de una “historia”.

2. MITO Y DEMITIFICACIÓN

Pero no sólo el espacio pareciera luchar contra *la historia en América Latina*, sino un resorte muy propio de nuestra conciencia cultural.

La historia es aprendida dentro de una cierta periodificación; es decir, fijando ciertos momentos dentro de los cuales se comprende lo acaecido —en lenguaje hegeliano serían las diversas *Gestalten*, etapas, momentos históricos—. Es bien sabido que nuestra historia ha sido escrita por cierto grupo de personas cuya labor intelectual se mezcla, al mismo tiempo,

con intereses políticos. Puestos a “escribir historia” no dejan por ello de pretender modificarla. Cada uno de ellos ha elegido *un punto de partida*. Dicho momento de gestación es considerado como un absoluto, es decir, el tiempo histórico es reemplazado por el tiempo mítico⁽¹⁴⁾, pues la conciencia mítica no ha desaparecido en los tiempos modernos⁽¹⁵⁾.

Cuando los acontecimientos humanos son elevados a la categoría de mito pierden su realidad, y, al mismo tiempo impiden a la conciencia transformarse en una autoconciencia que sea capaz de producir la autoevolución. Es necesario “demitificar” la historia para transformarla en el medio privilegiado de formación de la conciencia colectiva⁽¹⁶⁾. Esto significa destruir los particularismos que impiden una comprensión real de los fenómenos. Para ello es necesario evadirse de los marcos provinciales, y aún nacionales de la historia, para situar los acontecimientos dentro de los marcos de la Historia Universal. Dicha Historia, fundándose en la prehistoria y en la paleontología se entronca con la evolución de la vida y del mismo cosmos. Querer explicar nuestra historia latinoamericana partiendo del siglo XIX, del siglo XVI o sólo de las culturas prehispánicas, es perder la visión adecuada para su auténtica intelección⁽¹⁷⁾.

Hay grupos que fijan el *punto de partida* de la historia latinoamericana en las revoluciones —sean las de Bolivia o Cuba.— Explican la evolución y el sentido de nuestra historia presentando el valor universal de dichos acontecimientos, y negando los períodos anteriores —es decir, el liberal, capitalista y oligárquico de inspiración positivista—. Las figuras que han tomado parte, o que han originado dichas revoluciones son elevadas al nivel del mito y se transforman en banderas de estos movimientos⁽¹⁷⁾. Se desolidarizan, en primer lugar, de todo lo pasado, y, con ello, se tornan “inocentes” —un estado análogo a la impecabilidad paradisíaca— de todo el mal y la injusticia presente y pasada. Absolutizan o exaltan el tiempo de la agonía inicial, del caso desde el cual emanará el orden: la revolución es la muerte de donde

procede la vida —como la semilla del culto agrario⁽¹⁹⁾—. Es un elemento necesario en el temperamento dionisiaco.

Otros, en cambio, luchando contra los revolucionarios han edificado su construcción —económica y cultural— sobre los cimientos de un confuso límite que abarca la primera parte del siglo XIX —desde 1808 a 1850 aproximadamente, cuando se produce la ruptura con la época colonial—. Allí encuentran su origen los liberales criollos, el capitalismo nacional, el político oligárquico, el intelectual positivista, que produjo el movimiento de universalización y secularización de nuestra instrucción pública. Su tiempo original es el acontecimiento arquetipal de la *Emancipación* que niega el tiempo colonial —y con ello a España y el cristianismo—. En nuestros panteones nacionales —espacio igualmente mítico— se eleva el culto a hombres que, desfigurados muchas veces de sus perfiles reales, dejan de ser un auténtico ejemplo para las generaciones posteriores. Aisladas cada una de las historias nacionales, se tornan incomprensibles coexistentes y hasta contradictorias— ¿Quién sabe apreciar en Argentina a Bolívar o en Colombia a San Martín?

Hay otros que amplían su horizonte hasta el siglo XVI. Para ellos la época de oro de América está en el pasado. Hablarán sólo de Cristóbal Colón, de Isabel y Fernando, de Cortés o Pizarro —no se hablará ya ni de Castro, de Rivadavia o Avellaneda, sino mas bien de Carlos y Felipe—. Así como el liberal negaba España, así el hispanista extremo negará la Europa protestante —y por ello mismo la Latinoamérica positivista—. Así como el revolucionario negará el capitalismo, así el hispanista negará el renacimiento que desembocará en el mecanicismo industrial —ya que el renacimiento español, de tipo literario, filosófico y teológico (quizá por la falta de carbón y acero) será desplazado por el renacimiento italiano, renano, de los Países Bajos e Inglaterra—. Mitificando el si-

glo XVI se desrealiza América y se la torna incomprendible en el presente.

Por último, se ha originado en América un movimiento de gran valor social, moral y antropológico, pero no exento, igualmente, de una cierta mitificación. En aquellos territorios de antiguas grandes culturas indias ha nacido el importante movimiento indigenista. Descubre la dignidad de persona humana, de clase social, de alta cultura, del primitivo habitante de América, y trabaja en su promoción, educación, civilización. Sin embargo, cuando se presenta la época pre-hispánica como aquella en la que el indio vivía en paz y orden, en justicia y casi bienaventuranza, se cae nuevamente en el mito —es decir, fuera de la Historia real—. Es bien sabido que las más altas culturas pre-hispánicas no superaron el período calcolítico —es decir, más de 6 mil años de distancia cultural con respecto al invasor hispano.— El Imperio guerrero de los Aztecas —con sus luchas sus sacrificios humanos continuos— no poseía mucha más justicia que el orden establecido en México desde la Segunda Audiencia. El Imperio Inca —que llegó a imponer un orden ejemplar en sus territorios, quizá no superado aún en el presente en esas mismas tierras— poseía, sin embargo, un sistema de nobleza y oligarquía, de impuestos y tributos que estaban lejos de significar para el indio libertad o cultura.

Hemos querido analizar rápidamente las posiciones existenciales de algunos grupos vigentes en América Latina, para comprender la necesidad de superarlos, sin negar a ninguno de ellos, sino más bien asumirlos en una visión que permita realizar los valores positivos de cada uno de ellos.

3. AMÉRICA LATINA EN LA HISTORIA UNIVERSAL

Es necesario desbordar los *puntos de partida* míticos para internarnos sin límites ya en todo el pa-

norama de la historia simplemente humana, en la cual nosotros, latinoamericanos, somos una parte, parte reciente y hasta marginal —hasta que no tomemos conciencia colectiva de nuestro puesto y función a cumplir en ella—. Las posiciones que parecieran antagónicas: indigenismos extremos que parecieran anaralismos o marxismos, deben ser asumidas en una visión que las trascienda unificándolas. Es la *Aufhebung*⁽²⁰⁾, la anulación de la contradicción aparente por una positiva asunción —ya que descubriéndose el *phylum* de la evolución, el tronco mismo de la vida, se percibe el conjunto y su sentido, es decir, la dirección de la flecha.

Latinoamérica se nos muestra heterogénea e invertida, como un proceso constituido por influencias extranjeras⁽²¹⁾, no por creación sino por *reacción*, no desde adentro sino artificial y desorganizadamente *desde afuera*. Muchas ideologías europeas, que guardan en Europa un cierto equilibrio en su propio sistema, cuando cruzando el Atlántico —a modo de prisma— se tornan *mitos*, y como el electrón fuera de su átomo produce muchas veces un desequilibrio difícil a orientar. Mientras América Latina no descubra *su médula en torno a la cual pueda crear homogéneamente* su propia civilización y cultura, será, como lo ha sido hasta ahora, un satélite con una cierta autonomía —más otorgada por la distancia que por resistencia positiva—.

Para ello debería poder descubrirse claramente el lugar y la función de América Latina dentro del *huso* que se utiliza esquemáticamente en la representación de la evolución de la Humanidad. Desde el vértice inferior —origen de la especie humana en un mono o polifilismo—, por un proceso de expansión geográfico y diferenciación racial y cultural, se alcanza el momento en que por comprensión espacial y convergencia interpersonal o social, se va confluyendo hacia una civilización universal. América Latina —aunque tarde, pues el hombre tiene sobre el globo más de 1 millón de años— nace en la historia en el momento de comprensión y convergencia (un ejemplo,

entre otros, es que la lengua de nuestro continente no se ha separado en dialectos, desde el siglo XVI, sino que tiende a una mayor unidad todavía).

Existe una América *pre-histórica* que fue desorganizada y parcialmente asumida en la América *hispanica*. Esta, por su parte, fue igualmente desquiciada y no del todo conservada en la América de las *naciones* emancipadas, con mayor o menor sentido de su identidad, proveniente de las antiguas culturas y las Audiencias coloniales. Sin embargo, *latinoamericana*, si es que nace, nacerá en nuestro siglo.

a) *La pre-historia americana*⁽²²⁾

El centro de nuestra pre-historia es el Océano Pacífico. La primera edad americana mira hacia el Oriente por el Oeste⁽²³⁾, hacia el centro norte del continente asiático —a lo que llamaríamos el corazón de los pueblos euro-asiáticos, entre los cuales (aunque muy reciente) se encuentran los indo-europeos—.

El hombre amerindiano no procede sólo étnicamente del Asia, sino igualmente por la estructura de su conciencia —cultural y religiosamente. No queremos decir con esto que las civilizaciones americanas fueron importadas “ya hechas” del Asia, pero derivan de las asiáticas original y estructuralmente⁽²⁴⁾. La gran estepa euro-asiática (de los Cárpatos al Khingan, limitada al Norte por la Siberia y al Sur por el Tíbet y los Caucasos) se encuentra siendo el centro de las grandes civilizaciones primitivas (Minoica, Sumeria, Indus, Shang)⁽²⁵⁾; de esas mismas regiones, miles de años antes partieron por el estrecho de Bering y las islas Aleutianas los primeros americanos. Después, por la influencia polinésica, y mezclando y progresando según sus propios descubrimientos *la América nuclear* produjo sobre las mesetas —mejicana y peruana— las grandes civilizaciones amerindianas.

La fisonomía de nuestro continente, en la época que llegó el primer hombre era casi idéntico a la presente⁽²⁶⁾. Desde aquel momento hasta el descubri-

miento colombino, los indios, en su conjunto, no habían superado el neolítico; algunos habían alcanzado la edad de bronce, ignorando la utilización técnica de la rueda, la fabricación de la alfarería rotativa, el vidrio, el trigo, el arroz. Con ellos debemos descartar un posible contacto con las civilizaciones de China, Japón o la India⁽²⁷⁾.

Sin embargo, no conocemos casi nada de la vértebra cultural que justifica el inmenso polimorfismo racial, cultural, lingüístico del hombre pre-hispánico americano.

Como hemos dicho, sin embargo, es al nivel del *hogar cósmico* intencional⁽²⁸⁾ —el núcleo ético-mítico— donde la semejanza con los pueblos euro-asiáticos es mucho mayor. Los pueblos amerindianos son evidentemente pre-semitas, lo son necesariamente por su ubicación geográfica, por su desarrollo cultural, con una problemática de fondo semejante a la que tendrán los indo-europeos: la visión cosmogónica, la eterna repetición del Gran Año, la consideración de la naturaleza como hierofanía, en fin, por las grandes articulaciones de la conciencia, aún “la base indígena pre-existente”⁽²⁹⁾ en América, se relaciona con el Asia.

Es necesario, entonces estudiar la estructura de la conciencia de los pueblos pre-semitas del África y Asia, donde desde hace más de un millón de años el hombre preparaba ya los fundamentos de nuestra pre-historia americana.

b) *La proto-historia americana*⁽³⁰⁾

Los primeros antecedentes de nuestra *historia* tienen su centro geográfico-cultural que se va desplazando —durante los cinco últimos milenios— desde el desierto arábico (hogar de las culturas semitas, nómadas que opondrán su *Weltan-schauung* a la de los Indo-europeos: helénicos, hititas, persas, arios-hindúes, etc.)⁽³¹⁾. Desde el desierto ese centro cultural se fue trasladando hacia la Media Luna —Egipto, Si-

ría y Mesopotamia— el Mediterráneo Oriental, después todo el Mediterráneo —el *Mare nostrum*—, y por último el centro del continente Europeo —en la época que el Islám (igualmente semita) dividió el Mediterráneo obligando a la Cristiandad a encerrarse en el continente).

Toda esta primera historia tiene sentido con respecto a América Latina si es que consideramos atentamente que toda ella dará como fruto maduro el *hombre hispánico*, no sólo conquistador de América, sino futuro habitante, y aún más, *sustancia misma* de la civilización, del ethos y del núcleo ético-mítico de nuestro continente.

Cuando un inocente catecismo del Concilio de Lima III (1582-83) enseñaba en quechua y aymará a los indios del Imperio Inca que el trascendente Dios era *creador* del universo, debemos remontarnos hasta el antiguo AKAD (primera invasión semita-babilónica contra los Sumeros) para rastrear los primeros antecedentes de esta estructura metafísica que constituye uno de los pilares del foco intencional judeo-cristiano. Jamás un indio, un chino, un hindú, un griego, un ibérico hubiera usado un tal concepto (*creación*).

Es de los pueblos semitas, especialmente Israel, de donde hemos recibido las estructuras fundamentales con las que valoramos la existencia, la sociedad, la historia, el cosmos⁽³²⁾. Unos XX siglos antes de nuestra Era, en Palestina, un pueblo comenzaba una experiencia única en la Historia Mundial: descubría por primera vez el *sentido histórico* de la existencia humana, la trascendencia del Creador —y con ello demitificaba y lideraba el cosmos—, la solidaridad en torno a una Alianza libre e intersubjetiva.

Cuando un pobre y heroico misionero hispánico enseñará en el siglo XVI a los indios el *decálogo de Moisés*, será la misma conciencia que tiene su origen en el desierto arábico que cumple una nueva difusión —así como por el judeo-cristianismo los pueblos del Imperio Romano, y después los indo-germanos, se incorporaron igualmente a la dicha conciencia—. Cuan-

do Bartolomé de las Casas leyendo el *Eclesiástico* (en verdad el *Ben Shira*) se convierte a la causa de la justicia, lo hace en consonancia a los profetas de su pueblo: el semita. Esta larga historia, de los Imperios Egipto, Sirios, Persas, Griegos, del Renacimiento, hasta llegar a la explosión naviera de un Portugal —primero—, y después de España, significa la primera parte de nuestra historia. España, joven en espíritu, fuerte en las armas —por la lucha de la reconquista— era el pueblo más adecuado para realizar “la conquista sistemática del mundo”⁽³³⁾ como dice Alfred Weber.

c) *La historia de América no-anglosajona*

Definimos negativamente nuestra América (no-anglosajona), porque pretendemos utilizar técnicamente las denominaciones positivas: la Edad Antigua, la Cristiandad Colonial o Hispanoamérica; la Edad Media, la noche oscura o las *Naciones* emancipadas; la Edad Contemporánea o *Latinoamérica*. Hispano-américa debe considerársela como una provincia lejana, *sui generis*, dependiente de las Coronas hispánicas, Castellana o portuguesa. La segunda, desde la emancipación, significa el parcelamiento bajo el poder de Inglaterra, Francia (en lo cultural) y Estados Unidos que constituirán las *Naciones* nacidas de las provincias coloniales. En el presente, desde hace algunos años, por primera vez, comienza a nacer *Latino-américa*, una aspiración más que una realidad⁽³⁴⁾.

El centro de la Historia latinoamericana es el Atlántico Norte —signo de nuestra dependencia—. Si la integración latinoamericana se efectuara, por primera vez, el mismo continente latinoamericano sería el centro de nuestra civilización y cultura.

aa) La Cristiandad Colonial, Hispanoamérica (siglos XVI-XVIII)

Es verdad que con las ligeras *Dakkar*⁽³⁵⁾ llegaron a América los Vikingos. En el 986 *Bjarni* divisó

desde Groelandia la futura América; el mismo *Leif* (992), y después *Thorvald* y *Thorstein* la denominaron “Desolación” (*Helluland*)⁽³⁶⁾. Sin embargo, *descubrir* una tierra no es sólo verla o pisarla, sino incorporarla, introducirla en el propio “*mundo*”. El *descubrimiento geográfico* de América es obra de Colón y Castilla. Sólo en los siglos, sin embargo, la constitución de una conciencia permite realizar el *descubrimiento humano* de Latinoamérica —y esta obra está cumpliéndose en nuestro siglo XX—⁽³⁷⁾.

Hispanoamérica nació del choque de la civilización, del *ethos* y del núcleo ético-mítico amerindiano e hispánico. Inmensamente más desarrollada, la civilización hispana se impuso rápidamente —en 1550 puede decirse que la *conquista* había terminado—. Sin embargo, el *ethos* indio y su división del mundo sobrevivirán muchos siglos, puesto que, habiéndose desorganizado la estructura social, quedarán dispersos pero firmes en las conciencias muchos elementos prehistóricos— la vida rural de nuestras naciones son un testimonio inequívoco—. Sin embargo, con el tiempo, el mismo *ethos* y la médula intencional hispánica se impone, pero adquiriendo matices propios, latinoamericanos⁽³⁸⁾.

En la dirección del Archivo de Indias de Sevilla puede contemplarse el texto capital de la *primera constitución* de América Hispánica —de la “Nueva Cristiandad de estas Indias”, como escribía Toribio de Mogrovejo⁽³⁹⁾—: la bula de Alejandro Papa VI, del 3 y 4 de mayo de 1493, *Intercaetera*, por la que se da a la conquista el sentido de la expansión de un Reino Católico, que incluye el dominio económico, cultural y político y la difusión religiosa⁽⁴⁰⁾.

La concepción de la vida, de las instituciones, de las relaciones humanas eran las de una tardía Edad Media, donde la Monarquía, la nobleza y el clero — junto con los comerciantes— dirigían los destinos del pueblo.

Entre los siglos XV al XVIII nació en América una verdadera civilización para la gloria y desastre de Es-

paña y Portugal. Sus Universidades —desde la primera de Santo Domingo, fundada en 1537... más de 20 en el siglo XVIII, según el estilo de Salamanca, Alcalá y Coimbra—, sus gobiernos eclesiásticos —con sus primeros Obispos en 1504 ó 1511, sus Arzobispados desde 1546, pasaban las Diócesis el número de 30 al fin del siglo XVI—, sus gobiernos civiles —los Virreinos, Audiencias, Gobernadores, Cabildos, etc.—, sus misiones organizadas en Doctrinas y Pueblos que hicieron conocer la *Weltanschauung* y la vida cristiana desde California hasta la Patagonia —en especial con el método de las Reducciones—, la agricultura y las industrias más diversas y a veces en gran escala —aunque siempre bajo el monopolio del mercantilismo de la metrópolis— muestran su esplendor. Al fin de siglo XVII podría decir Alexander von Humboldt, un objetivo visitante extranjero:

“Ya que he tenido la ventaja, que pocos españoles pueden disputarme, de visitar sucesivamente Caracas, La Habana, Santa Fe de Bogotá, Quito, Lima y México, y de que mi posición me pusiera en relación con hombres de todas las clases sociales, me permitiré exponer mi opinión sobre los diversos grados de civilización que ha alcanzado la sociedad en cada colonia... Me ha parecido que hay una tendencia vigorosa por los estudios profundos de ciencias en México y Santa Fe; más gusto por las Letras y cuanto alhaga una imaginación ardiente y movediza en Quito y Lima; mayores luces sobre las relaciones políticas de las naciones y más extensa comprensión sobre el estado de las colonias y la metrópolis en La Habana y Caracas. Las múltiples comunicaciones con el comercio europeo, y ese mar de las Antillas que hemos caracterizado antes como un Mediterráneo, han influido poderosamente sobre los progresos sociales en la isla de Cuba y en las bellas provincias de Venezuela”⁽⁴¹⁾

La decadencia borbónica, la emancipación, la división de los virreinos y audiencias entregaron las aisladas naciones en manos de los nuevos amos del mundo. El dominio del Atlántico había pasado de Ho-

landa a Inglaterra. Hispanoamérica objeto de las nuevas potencias se separa de España, y se aísla mutuamente las regiones dirigidas por las antiguas capitales. La *tibetización* o soledad nacional ha comenzado.

bb) La Revolución de la oligarquía criolla y nacionalista (siglo XIX)

Desde 1808 comienza en América una nueva época. La administración y el monopolio metropolitano, es reemplazado por el gobierno y el monopolio de la oligarquía criolla —que rápidamente entrará en comunicación con las nuevas potencias económicas capitalistas: Inglaterra y Estados Unidos, y Francia, aunque esta última, sobre todo, en el campo cultural—. La ideología de la nueva clase será en parte la que inspiró la Revolución Francesa. Es así que se pasa de una Cristiandad americana colonial (cerrada al solo influjo hispánico) a un *racimo dispar de naciones* inspiradas en el liberalismo republicano, capitalista y después positivistas. Todo esto, evidentemente, no se realizó en un día, sino que fue necesario todo el siglo XIX, para que la nueva clase impusiera su estilo —se fue pasando, lentamente, de un conservadurismo emancipador a un liberalismo capitalista y terrateniente—, de un Bolívar a un Santander y por último a un Obando (1852).—

El período anterior era, sobre todo, el empuje del inmigrante hispánico el que fue produciendo el avance de la antigua civilización; en la nueva etapa, fue el criollo (en algunas regiones, como en el Plata, el extranjero) que participaba en la aristocracia colonial, el que creó los medios de gobierno y exploración económica.

Mientras tanto, la Iglesia colonial agonizaba casi, faltándole Obispos, habiéndose cerrado sus seminarios, incendiado sus bibliotecas, perseguido a sus clérigos —por una cada vez más insistente *secularización*—.

En el plano ideológico —rotas las limitaciones de la inquisición— la élite pensante pudo abrirse al mundo —especialmente a Francia— produciéndose así una *universalización* cultural.

Se constituyen las nacionalidades, aparece una clase capitalista, se establece un sistema liberal, pero, al mismo tiempo, subsiste una estructura social colonial: los indios a veces continúan su vida como en las épocas pre-hispánicas, las poblaciones rurales sumidas en la impotencia ante un espacio desmesuradamente grande y sin posibilidad de comunicaciones.

La misma oligarquía criolla pasó en el siglo XIX por dos períodos:

“Expresión de las necesidades modernas y fundamentales del país, ella debe ser comercial, industrial y económica, en lugar de militar y guerrera, como convino a la primera época de nuestra emancipación” —escribía Juan Bautista Alberdi, en el libro que fundamentó la Constitución argentina de 1853—⁽⁴²⁾.

La oligarquía criolla conservadora, de tipo hispánica, mas bien guerrera o permitiendo el gobierno del caudillo, fue poco a poco desalojada por la oligarquía criolla liberal, universitaria, capitalista de tipo industrial y positivista. La ruptura, entonces, con el pasado colonial se produce aproximadamente en torno al año 1850⁽⁴³⁾.

cc) La Edad Contemporánea o la revolución popular latinoamericana

En nuestro tiempo —aunque anunciada en algún modo por la Revolución Mexicana de 1917— se comienza a producir la toma de conciencia popular, y de un sistema oligárquico, liberal y capitalista, se deberá pasar a un gobierno en que la participación del pueblo transforme las estructuras en un sistema popular:

una democracia en la línea de la *socialización latinoamericana*.

Cuando se habla de revolución en América Latina se quiere significar la necesidad de la re-estructuración del sistema agrario, urbano, gubernamental, educacional, social, etc.— Pero, en último término, la dicha revolución es un cambio de élites, de valores: las oligarquías capitalistas y liberales —fuerza viva todavía representada por los empresarios, propietarios y terratenientes—, con sus partidos tradicionales que le son fieles, se ven rodeadas por nuevas fuerzas que pretenden el poder: las juventudes universitarias con nueva inspiración, los sindicatos, los partidos nacidos de las exigencias del siglo XX (internacionalismo y socialización), la conciencia de la población rural naciente, la presión de las multitudes urbanas relegadas a las *favellas*, *los barrios de nylon*, *villas miserias*, sectores *callampas*, etc... Y por último, la nueva fuerza nacida de la incipiente industrialización: el proletariado. Todas estas fuerzas nuevas no encuentran lugar ni institucional, ni económica, ni espiritualmente en las antiguas estructuras. Por su parte, la Iglesia Católica, renaciente después de una “noche oscura”, comienza a desolidarizarse de las oligarquías para renovar el espíritu misionero del siglo XVI.

Es en este momento en que, por la información de las masas, se toma conciencia del estado de pobreza e injusticia en que nos ha sumido un sistema capitalista, no sólo nacional, sino principalmente mundial. América Latina es uno de los sectores mundiales en los que el *subdesarrollo* —o emergencia, como diría Sukarno— es el fruto necesario del desequilibrio institucionalizado y estable que han constituido los pueblos altamente industrializados —América del Norte, Europa y Rusia—⁽⁴⁴⁾.

Esta toma de conciencia es irreversible. Pero al mismo tiempo, nuestro pueblo, no está dispuesto a tomar la estrecha senda de la austeridad China, sino que pretende realizar la revolución en la libertad y el consumo. No quiere sacrificar al futuro el presente,

aunque se propone producir un futuro mejor. ¡He allí una dificultad, pero al mismo tiempo un camino propio de la democracia socializante latinoamericana. No debe ser un puro socialismo comunista, ni un demócratismo liberal. Debe ser una democracia en la línea de la socialización y profundamente latinoamericana.

d) Interpretación desde el futuro

Como hemos ya dicho nuestra evolución latinoamericana pareciera no tener una columna vértebra central. Si alguna vez comenzó a tenerla fue en la época colonial, por esto, Simón Bolívar convocando el Congreso Latinoamericano de Panamá de 1826 pretendió continuar el movimiento de convergencia. Sin embargo, los profetas no son oídos en su tierra. Será Monroe, y por otros motivos muy distintos, el que lanzará el Panamericanismo bajo la égida de Estados Unidos. Las reuniones panamericanas iniciadas por la de Washington en 1889 —y seguidas en 1901, 1902, 1906, 1910, 1923, 1928 no significan una solución. *El Panamericanismo sin Latinoamericanismo no tiene sentido.* La primera asamblea parlamentaria latinoamericana realizada en Lima el 11 de diciembre de 1964, abre una nueva etapa y es una gran esperanza —debe reunirse nuevamente en julio de 1965—.

La coordinación de la *civilización* latinoamericana —agropecuaria, industrial, económica, política...— es un paso necesario para poder recibir adecuadamente los beneficios de una civilización que se universaliza. Es decir, la participación adecuada de los países latinoamericanos en la *civilización mundial* que se avecina, sólo puede cumplirse acabadamente si existe real, económica y políticamente: *Latinoamérica*.

En el nivel del *ethos* social, igualmente, es necesario que Latinoamérica recobre su temple, su estilo, su manera propia de encarar la vida. Para ello será necesario incrementar los contactos de las juventudes, de los sistemas educacionales, de las universidades, de los dirigentes.

Es necesario incrementar un *ethos* de solidaridad social, internacional, donde la austeridad tenga lugar en la vida para saber luchar por un futuro mejor⁽⁴⁶⁾.

En el nivel aún más profundo del núcleo ético-mítico o de los *últimos valores* de nuestra comunidad de naciones, debemos estudiar y exponer claramente a nuestros pueblos la milenaria evolución de nuestra tradición viviente, para que, entrando en la civilización mundial podamos aportar nuestra personalidad propia, nuestra escala de valores, nuestra historia presente en la identidad de la autoconciencia de nuestra existencia colectiva.

A los dirigentes, los gobernantes, los intelectuales les toca conducir nuestros pueblos hacia la unidad futura a la que nos arrastra una *convergencia* universal comenzada hace ya algunos siglos por la historia mundial. Pero esta convergencia, si no traicionamos nuestra tradición, nos exige mucha cautela para descubrir, concienzializar, proponer a nuestro pueblo aquello que de original tenemos y debemos aportar al mundo.

Terminemos diciendo que “en el caso de un *Universo convergente* el centro de unificación (a fin de cumplir su función motora, colectiva y estabilizadora) debe ser reconocida como pre-existente y trascendente...

Si, al fin de cuenta, los centros reflexivos del mundo no serán efectivamente más que “uno con Dios, este estado se obtiene, no por identificación (Dios devendría todo), sino por la acción diferenciante y comunicante del amor (Dios todo *en todos*). —lo que es exactamente ortodoxo y cristiano”⁽⁴⁷⁾.

La historia latinoamericana, al fin, debe entenderse plenamente desde un plano escatológico, y así lo hace Teilhard de Chardin, porque si perdemos de vista el fin trascendental, la misma inmanencia pierde absolutamente *su sentido*. Pero no es aquí el lugar de plantear la relación entre escatología e historia latinoamericana.